

FRANCK MAUBERT

LA ÚLTIMA MODELO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le dernier modèle*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2012 by Mille et une nuits, sello de

La Librairie Arthème Fayard

© de la traducción, 2016 by

Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos

© de la ilustración de la cubierta, by Royal Photographic Society,
National Media Museum y Science & Society Picture Library

© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Rebecca* (1938), de H.A. von Behr

ISBN: 978-84-16011-85-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 26 809-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La tarde en que tuvo lugar nuestro primer encuentro—una tarde de verano de hace más de treinta años—, yo estaba de mal humor a causa de un desengaño amoroso y me había refugiado en las frescas galerías del Museo de Arte Moderno. Erraba como un sonámbulo, perdido en una exposición de retratos, sin prestar mayor atención a las obras. Hasta que me detuvo un cuadro o, mejor, una mirada. Era una mujer joven sentada frente al pintor, con un vestido rojo y las manos en los muslos. A primera vista, no había nada que distinguiera aquel cuadro de los demás. Pero sí a mis ojos. Aquel retrato me hablaba. Un rayo de sol oblicuo incidía en el rostro de la modelo, que resplandecía con un efecto de esmalte dorado. Tras la trama de trazos oscuros, la fuerza de sus ojos profundos, como excavados en la materia, me atraía poderosamente. Cuanto más los miraba, más me atraían, como si giraran levemente en sus órbitas

para hipnotizarme. Operaban por sí mismos, sin ningún soporte externo. La mirada abarca todo el espacio, recorre todas las imágenes que hay en derredor, y de repente, allí, un cuadro, nada más que uno, me retiene, no hay nada más que él, y yo estoy con él. Ya no existe nada más alrededor. Me echo hacia atrás, me acerco, entro en el cuadro. El cuadro llega hasta mí. Cuando me pasa esto, hago un esfuerzo de abstracción; cuando un cuadro se apodera de mí, tengo que mantenerme allí y no distraerme, no dejar que me atrape la escapatoria de cualquier otra ventana, permanecer lo más cerca de su asunto. Había una luz que me atraía; aquella mujer sentada me miraba, no miraba a nadie más que a mí y se hacía más poderosa que todo lo demás. Hundir la mirada en la suya. Se hace más densa, más plena, como cargada con un enigma. La escucho. Alrededor, el mundo ha callado. Sólo subsiste su luz interior. Su rostro absorbe toda mi atención. Nos miramos el uno al otro, no sé bien quién escruta a quién. Nos hemos quedado un rato en este cara a cara inmóvil, hasta que el carraspeo molesto de otro visitante me saca de mi ensimismamiento. No sin lamentarlo, le cedo el sitio y leo el rótulo: «Alberto Giacometti, *Caro-*

line, 1965, óleo sobre tela, 92 cm x 65 cm, colección privada». Yo no sabía entonces que nuestro futuro iba a estar indeleblemente marcado y que un día conocería a Caroline.

El invierno se alarga por todo el país. En Niza, no. En las terrazas de los cafés, los primeros calores polarizan las conversaciones. El suave sol lo baña todo, un sol nuevo de primavera, un sol que templea el aire. Hay quien prevé una próxima vuelta de la lluvia o del frío y quien se anima y se deleita con la llegada del calorcillo. En el último piso de una de esas casas de la Riviera construidas en la postguerra, con balcones de forja que figuran olas, hay una terraza descuidada. En estos primeros días de abril, si uno se asoma y mira hacia abajo, puede ver a los turistas que se suceden como si estuvieran en una procesión. Aparecen y desaparecen en el esplendor del día. La mayoría habla en inglés, otros en italiano. Es el paseo de los Ingleses, que llega hasta el aeropuerto. Una mujer, una mujercita menuda, se apoya en la barandilla de hierro forjado. Aspira el aire de primavera, observa a los que desfilan abajo, no espera a nadie. Parece como si

de sus finos labios, apresuradamente pintados, escapara un leve silbido. Esta mujer no tiene un aspecto definido, salvo acaso el de una profesora de baile retirada, por la complexión estilizada que acentúa su pelo, recogido con un pasador. ¿Su rostro?, el de una mujer de verdad, una mujer que no ha trampeado con la vida, una mujercita con aire un poco perdido y cansado. Impresiona la intensidad de su mirada, y sus ojos húmedos, de una claridad ardiente, parecen inmensos. Reconozco los ojos del retrato de Giacometti que, treinta años antes, me asombrara en el Museo de Arte Moderno. Son los de *Caroline*. Imposible olvidar su mirada. Antes de ver a alguien por primera vez, uno no sabe lo que le espera. Se desconoce el acento de la voz, el carácter o la luz que perfila la encarnadura del rostro. Cuando la llamé para concertar una cita, rechazó de entrada el *señora* y, al otro lado del teléfono, una voz como el canto de un grillo me dijo: «Lámeme Caroline».

No sabía casi nada de ella y menos aún de su pasado. Había sido la última compañera de Alberto Giacometti, su *amante*, por emplear un término burgués que se adecuaba mal a esta mujer o a aquel artista, aun cuando hasta el final de su

vida, en enero de 1966, Alberto siguiera estando casado con Annette.

En los dibujos y en los cuadros de Giacometti, el marco dentro del marco encierra y concentra la atención hasta focalizarla en los ojos. De estos ojos de Caroline, a fuerza de rehacer una y otra vez el cuadro, surge una mirada que lo dice todo de ella. El artista había percibido en ellos una soledad y un dolor infinitos. En eso consiste la disciplina del creador, que se atiene a la modelo para impedir que la verdad quede silenciada. También su apasionamiento, que le lleva a no renunciar nunca a captar lo esencial, aun despojándolo de todo. Al final restituye un enigma.

Hoy, décadas después de aquellos dibujos, tengo delante la misma mirada verde. No cuesta nada captarla, es inmediata, no miente, interroga. Es la mirada de la *Caroline* de Giacometti, su última modelo. Veo su fuerza y su desamparo absolutos. Ella se da cuenta de que la examino, de que observo el menor de sus gestos, el menor de sus movimientos. En un primer momento se siente como un animal acechado y se defiende con risitas nerviosas, como una sucesión de gritos casi imperceptibles. Sí, se esconde detrás de su mirada y es consciente de ello.

Parece que no hay nada entre ella y yo, que no pasa nada. ¿Qué decir para empezar? ¿Cómo llegar al otro lado, al de sus silencios? Para retrasar el momento, me enseña su modesta casa: dos habitaciones amuebladas con lo imprescindible. Hay cierto desaliño, cierto abandono. Se excusa, achaca el desorden a la salud, que le juega malas pasadas. Seguimos la visita: al fondo, un pasillo minúsculo que hace de cocina; al lado, su habitación, y en una mesilla, junto a la cama sin hacer, un ejemplar deteriorado de *Bella del Señor* y una fotografía en blanco y negro de Alberto; la fotografía está estropeada, como si alguien la hubiera arrugado y planchado después. Un retrato sin marco, que blande mientras repite: «¡A que es guapo mi Alberto!».

En el salón, en una mesa baja quedan restos de comida; pegada a la pared hay una cama plegable que encierra un delgado colchón doblado en tres. En un apartamento, la presencia de un intruso se nota por multitud de signos, aunque estén dispersos. Hay unos ceniceros repletos de colillas con filtro y de cajas de pastillas. Caroline está inquieta. Susurra molesta, se queja: «¡Qué mal me trata! ¡Qué mal me trata!». ¿A quién da cobijo? ¿A quién esconde?